

UN FATAL DESCUBRIMIENTO

Estamos en el jardín de una residencia de ancianos privada, gestionada por una fundación en un pueblo de Extremadura. Es un amplio espacio situado en la parte trasera del edificio. Esta zona de recreo, con estructura de parque, está diseñada para pasear y disfrutar del aire libre a la sombra de árboles que están rodeados de flores, fundamentalmente rosas. Dentro del recinto hay bancos y sillas esparcidas y algún que otro anciano sentado, algunos mantienen una conversación. Es verano y hace bastante calor.

En uno de los bancos se encuentra sola Emilia, con las manos apoyadas sobre su bastón. Es una anciana de más de 90 años muy bien llevados, de baja estatura, tiene la cara redonda y el pelo blanco corto y liso que lleva peinado hacia atrás. Viste pantalón fresco, una blusa de manga corta y zapatillas cómodas. Su rostro es ambiguo pues lo mismo aparenta ser avieso como bondadoso, dependiendo de lo que le ronde en la cabeza en ese momento. Cuenta con casa en el pueblo, la que fue de su suegra y donde ella ha vivido con su marido desde que se casaron hace poco mas de 60 años. El marido de Emilia, que vivió y trabajó muchos años en Alemania está jubilado pero al poco de regresar al pueblo decidió volver allá para vivir con una mujer acaudalada que había conocido allí y de la cual, se había enamorado. Por eso, para compensar el agravio le ha cedido íntegra a su mujer la cuantiosa pensión que cobra. A su edad, Emilia ya no quiere estar sola, sus hijos están casados desde hace bastantes años. Enrique, el mayor, y su mujer Carmen viven en Madrid y además, al jubilarse, han adquirido una propiedad cerca del pueblo para poder estar más pendientes de Emilia. Clemente, el hermano menor, siempre ha vivido en el pueblo y también está casado y tiene dos hijos

Desde el interior del edificio, aparece por la puerta Carmen, su nuera, una mujer de unos 60 años de apariencia afable con vestimenta informal pero no carente de elegancia. Se dirige al banco donde se encuentra Emilia y se sienta a su lado.

EMILIA - (Para sí) ¡Ay Jesús, qué calor! - (Dirigiéndose a Carmen) ¿Dónde habéis estado?

CARMEN - Buenos días, ¿eh?

EMILIA - (Con carita de pena y voz quejica) Ay hija, no me reprendas. Llevo un rato aquí solita y además, tengo ganas de ir al baño, ya les he avisado y no me hacen ni caso.

CARMEN - Sí, me acaban de decir que ahora vienen a buscarla. Y por lo demás qué, hoy nos toca día tonto o no?

EMILIA - Tonta estoy desde hace tiempo, que ya no vale una pa ná, ojalá que dure ya poco, así no os doy guerra.

CARMEN - Emilia, ya sabe que cuando se pone así, yo ya no le hago caso. A palabras necias, oídos sordos. Mire que estamos pendientes de usted, que estamos más aquí en el pueblo que en nuestra casa, en Madrid. Es usted una de las más veteranas de la residencia y sin embargo, aparenta ser de las mas jóvenes, no tiene enfermedades ni molestias como la mayoría, ¿qué más quiere?. Es la envidia de todos y resulta que se pasa todo el día quejándose. Y qué hay de las servilletas que estaba haciendo para el comedor, ¿las ha terminado ya? Porque están todos encantados con el ajuar que les está haciendo. Vamos, y encima, todo lo que se están ahorrando con trabajo.

EMILIA - Me hacéis caso vosotros, porque el otro, ni viene por aquí, y no digamos su mujer, ya no recuerdo ni de su cara. Y claro que están contentos los de la residencia, por eso me hacen regalos uno gel, otra una colonia, y todos están muy agradecidos, la verdad. Y sí, les hecho muchas cositas, mira, unos pañitos para las jarras de agua y a juego, otros para las paneras, con sus puntillas y todo. Y sabes lo que dicen todos, que no han visto nunca costurera de tanto mérito. Tenían arrinconada esa máquina de coser y no sabían qué hacer con ella porque ya la gente ni sabe ni quiere aprender a coser, he tenido que llegar yo para darle una utilidad, y no te creas, que es una Singer y va la mar de bien. Han quedado impresionados con mi trabajo, fíjate si hubieran visto todo lo que hacía yo de joven, ¡ayyy qué pena!.

CARMEN - Nada de pena. Y está mejor que bien que siga con esa actividad, así está entretenida y no tiene que pensar cosas raras, que ya ve que todo el mundo la valora.

EMILIA - Pues que sepas que estoy llenita de dolores.

CARMEN - Pues mejor que no se note. Bueno venga, a otra cosa. Que me acaba de decir Maite, la supervisora, que van a hacer un concurso para elegir al "residente del año". Y, ¿sabe qué?, me ha dicho que es usted una de las candidatas con más oportunidades de ganarlo. ¿No se siente orgullosa? Ya sabe, van a tener en cuenta la simpatía, la integridad, la amabilidad y, sobre todo, la bondad. (**junta las manos ensimismada**) ¡Qué bonito! ¿No está contenta?

EMILIA - (**Pone carita de pena y de incredulidad a la vez**). ¡Vaya una tontería! No tendrán cosas más útiles que hacer, a quién se le ocurre semejante memez. Más valdría que se ocuparan mas de nosotros y nos dieran mejor de comer, que da asco.

CARMEN - Pero si nos dijo que la comida era buena, Emilia.

EMILIA - Era. Y mi hijo, ¿qué hace que no viene?

CARMEN - Se ha quedado hablando con Maite para explicarle lo de sus medicamentos, los que toma para la circulación y el azúcar.

EMILIA - Si ya para lo que me queda en este convento...

CARMEN - (*Alzando los ojos*) Sabe lo que le digo, que voy a ir a buscarlo para que venga ya y le dé usted la paliza a él. Y además voy a avisar para que la lleven al baño de una vez, que parece que se les ha pasado. ¡Hala!

Le da una palmadita en la mano y se levanta para salir por la puerta por donde entró.

Escena 2

Al cabo de unos instantes entra Enrique, un hombre de sesenta y pico de años estido con vaqueros y camisa de manga corta. Tiene el pelo canoso pero es ágil y con aspecto de practicar deporte. La sensación que da es de tener carácter fuerte y nervioso.

ENRIQUE - Qué pasa madre, me ha dicho Carmen que ya está usted como siempre, quejándose de todo.

EMILIA - (*Como sorprendida y de no saber de qué le hablan*) ¿Como siempre? ¡Ay Jesús!, las cosas que me decís los dos, ¡con lo que te quiere tu madre, hijo mío!. Y a tu hermano, aunque no viene nunca a verme y eso que vive aquí al lado como quien dice y no digamos su mujer y su hijo, que se me ha olvidado hasta cómo son. Sólo se pasa por aquí la niña los fines de semana, la pobrecita.

ENRIQUE - Sí, sí, usted nos quiere muchísimo, ya. Y qué tendrá que ver una cosa con otra. Lo único que le decimos siempre es que se queja demasiado de todo y queremos que comprenda que es usted una privilegiada, que ha vivido fenomenal con su suegra y su cuñado que la han ayudado siempre con sus hijos al estar su marido trabajando tan lejos, no ha estado sola un momento. Vamos, que siempre le han tratado como a una reina y en una casa preciosa.

EMILIA - Si, si, lo que tú quieras, pero mi marido estaba en Alemania y mis vosotros sin padre, sólo estaba yo para sacarlos adelante, cosiendo como una burra.

ENRIQUE - Pero qué burra ni qué burro, no exagere por Dios. Y padre, por cierto, bien de cuartos que le ha enviado todos estos años.

Desde la puerta piden a Emilia que entre para pasar al baño. Carmen está saliendo al tiempo.

CARMEN - Venga Emilia, que la acompañó.

EMILIA - (Como ofendida) ¿Para qué? Puedo ir sola perfectamente.

Emilia entra y Carmen va hacia el banco y se sienta junto a su marido.

ENRIQUE - Mi madre es insopportable. Estoy malo con tan solo dos minutos que llevo con ella y además todavía no le he dicho nada de lo de Marcos, el vecino que nos reclama el trastero de su casa. Miedo me da de su reacción porque ya sabemos que para mi madre todo es suyo pero Marcos asegura que su padre le cedió ese trastero a mi abuela para su uso, pero no en propiedad, tiene hasta una papel que firmaron en tiempos entre los dos, nada oficial.

CARMEN - Las cosas mal hechas de antes ya sabes.

ENRIQUE - Pues parece que quisieron hacerle un favor a mi abuela porque entonces ellos no necesitaban ese cuarto y a ella le venía muy bien, así que acordaron ese apaño. En fin, que no es nuestro y ahora que este hombre quiere hacer obra en casa y mi madre ya no vive en la suya, pues nos lo reclama, como es natural.

CARMEN - Y tu hermano qué dice, porque imagino que está al corriente.

ENRIQUE - Hombre claro, es él el que me lo ha dicho y me ha pedido que sea yo quien hable con este hombre.

CARMEN - Tu hermano como siempre, echando balones fuera y como si la cosa no fuera con él, incluso su madre parece que no es cosa suya. La mujer siempre se lamentándose de que no viene a verla, y tiene razón la mujer. Me da una pena...

ENRIQUE - Pues no te dé tanta pena, que también ellas se lo ha ganado. Y de mi hermano ya sabemos que nunca se puede contar con él, va a sacar excusas con lo que sea, siempre ha sido así y no va a cambiar ahora.

CARMEN - Sí, él siempre es muy majo con sus amigos... Oye, igual que tu madre, me llama la atención lo bien que habla la gente de ella porque en verdad, parece hasta simpática con todos, y digo yo, qué engañados los tiene, que no la conocen en absoluto, ella, que siempre habla mal de todo el mundo. Pues fíjate que lleva todas las papeletas para que la nombren la residente del año!! Madre mía si supieran de cómo es en realidad y ¡cómo nos ha tratado siempre! .

ENRIQUE - No me lo recuerdes, que vaya vida que nos ha dado. Si es lo que te digo, mi madre y mi hermano son un modelo de persona de cara a la galería,

siempre con el qué dirán, cumplen la tradición del pueblo, por eso yo me consumo, no puedo con esta gente. Ellos nunca han sentido aprecio por nadie salvo por ellos mismos. Y encima no han hecho nada en la vida, mi madre no trabajó porque no quiso, dice que cosió mucho y no hizo más que dos pantalones y dos camisas, ha vivido del sueldo de mi padre y sigue haciéndolo. No me extraña que él se fuera con otra. Yo me alegra que él se volviera para Alemania y haya encontrado una mujer que le quiere porque la suya no lo ha hecho nunca, después de todo ha estado trabajando más de 30 años fuera. Y mi madre ha conseguido quedarse con su sueldo íntegro porque la otra encima, tiene dinero. Vamos, todo un despropósito.

CARMEN - Sí, yo me alegra por tu padre. Tenemos que viajar un día de estos hasta allí para ir a verlo, no hemos vuelto desde que estaba en activo.

Tranquilo Enrique, aquí vuelve tu madre, ahora te voy a dejar con ella que yo no quiero entrar en vuestras cosas y así echo un rato con los viejitos. Pero por favor, prométeme que vas a mantener la calma y no te vas a poner nervioso, si ya sabemos cómo es, ¿de acuerdo?, (**lo coge de la mano**) no merece la pena sulfurarse porque el que sale perdiendo eres tú, a tu madre le da todo igual, la conocemos de sobra y sabemos que solo va a mirar por ella como tú mismo dices.

ENRIQUE - Mucho me pides pero lo procuraré por la cuenta que me trae...

Escena 3

Se levanta Carmen y se dirige a Emilia que entra, le da un apretón de mano y sale. Emilia vuelve al banco a sentarse con su hijo.

ENRIQUE - A ver madre, le tengo que comentar algo. He estado hablando con Marcos, su vecino. Parece que va a hacer obra en casa y me ha comentado algo que yo no sabía sobre el trastero, que parece ser que no es nuestro y le extrañó que usted nunca nos dijera nada al respecto.

EMILIA - (**Enfadada**) Y qué quiere ahora ese muerto de hambre, ¿quitarme parte de mi casa?

ENRIQUE - Madre, eso, no es su casa.

EMILIA - Pero me la quiere quitar.

ENRIQUE - A ver, parece que por entonces se lo cedieron a abuela porque la mujer le venía bien y entonces, ya sabe, eran buenos vecinos. Pero han pasado muchos años, faltó la abuela y no se lo reclamaron, luego me marché

yo a Madrid, después se casó mi hermano, después murió el tío Antonio y cuando regresó padre de Alemania aguantaron juntos bien poco (**hace un gesto como diciendo, no me extraña**) y todo este tiempo ha vivido en una casa enorme usted sola. Deberíamos estarles agradecidos después de todo, jamás nos lo reclamaron hasta ahora, que ya ni vive usted allí .

EMILIA - Santa Rita, Rita, lo que se da no se quita.

ENRIQUE - Madre, no se lo dieron, se lo prestaron.

EMILIA - Esa vieja de tu abuela debió dejar las cosas mejor atadas entonces. Si llego a ser yo la que me hubiese ocupado de todo eso, otro gallo nos hubiera cantado.

ENRIQUE - Pero vamos a ver, ¿qué más le da a usted ese trastero si no lo necesita para nada? Es más, le sobra. Que le repito que no es suyo diga lo que diga, qué iba a haber hecho usted entonces, ¿comprárselo, para qué? Si al final ha salido usted beneficiada.

EMILIA - ¡Comprárselo!, si hombre, sólo faltaba.

ENRIQUE - ¿Entonces qué?

EMILIA - Hubiera hecho que fuera mío, simplemente me las hubiera arreglado para cambiar a mi nombre las escrituras de propiedad.

ENRIQUE - Pero madre, eso no se puede hacer así porque sí, eso es ilegal.

EMILIA - Qué sabrás tú de cómo hacer las cosas. Esa vieja inútil de tu abuela no valía para nada, tanta bondad tanta bondad, y para qué sirve la bondad, no sé cómo tardé tanto en quitármela del medio.

ENRIQUE - ¿Qué ha dicho, madre?

EMILIA - Tu abuela era una mujer boba, sin ambición ninguna, una pasmada que miraba por todo el mundo menos por ella y lo único que hizo fue matarse a trabajar y qué consiguió en la vida, un trastero prestado. ¡Bah! ¡Tonta!

ENRIQUE - Madre, **qué ha querido decir con quitársela del medio.**

EMILIA - Ya no pintaba nada esa vieja, era un incordio, y yo la ayudé para que descansara de una vez y quedara en la paz del señor.

ENRIQUE - ¡¡¡Madre!!!! qué hizo?!?

EMILIA - Pues una infusioncita de tejo, que calentita está muy rica. Te la tomas y mira, bien tranquilita que te quedas. Si hasta da gustito solo pensarlo.

ENRIQUE - (*A Enrique le tiembla la voz. Se niega a entender lo que acaba de escuchar, se agarra los cabellos con ambas manos*) Pero, pero... Madre... No puede ser, no puede ser...

EMILIA - Madre no puede ser, qué. Pues has oido bien. Pero que sepas que le hice un favor, te voy a decir una cosa, ella siempre andaba hablando de cuando Dios la tuviera en su gloria y bla bla bla con Dios todo el día, si se notaba que estaba deseando reunirse con él, se parecía a Santa Teresa , así que visto desde ese punto de vista, yo la ayudé a cumplir su deseo.

ENRIQUE - Creo que voy a entrar en shock... No puedo asimilar esto. O acaso me está usted tomando el pelo.

EMILIA - No hijo, es la pura verdad. Pero bueno, tampoco es para tanto. Era una mujer mayor que no hacía más que incordiar, un estorbo. Piensa un poco en tu madre, qué podía hacer yo sola sin marido, con unos hijos que sacar adelante en una casa con una suegra que era una carga, un cuñado vago e inútil que sólo sabía dar trabajo y quebraderos de cabeza, otro que también nos sobraba a todos y una criada metomentodo. Menudo equipo le tocó aguantar a tu pobre madre. Deberíais darme las gracias por haberlos sacado adelante.

ENRIQUE - Madre... ¿mi...tío?

EMILIA - Tu tío qué, ¿era un inútil o no?, ¿quieres que hablemos de tu tío?.

ENRIQUE - Yo ya no puedo hablar... Hable usted, por favor. Pase lo que pase, ¡¡¡hable!!!

EMILIA - A ver, tu tío era un desgraciaó que no sabía más que dar trabajo a tu abuela, tanto que tuvo que coger una criada porque ese hijo le había salido tonto y egoísta y ella se estaba haciendo vieja y no hacía más que trabajar para todos.

ENRIQUE - No como usted, que parecía una marquesa. En su vida dio un palo al agua.

EMILIA - Tu tío no le daba ni una perra a tu abuela para los gastos de la casa y eso que trabajaba en Correos, como un señorito. Él sí que vivía como un marqués que encima se hacía el hombre de la casa al no estar tu padre.

ENRIQUE - ¿Y le dio usted otra infusión se esas tan ricas?

EMILIA - No, a tu tío le manipulé los frenos de la moto. El muy imbécil, todo el rato pavoneándose por el pueblo motito para arriba, motito para abajo, y los domingos al casino a lucir su traje bien planchadito. Pues toma moto, ¡idiota!.

ENRIQUE - Dios mío, tío Antonio...

EMILIA - No, ese no creo que esté con Dios.

ENRIQUE - Madre, me encuentro fatal. No sé cómo he podido no darme cuenta antes de lo que estaba sucediendo. Ni mi hermano tampoco, imagino.

EMILIA - Tu hermano? Qué va, si ese es tonto.

ENRIQUE - Para usted somos todos tontos por lo que se ve.

EMILIA - No hijo mío tú no. Tu precisamente eres el más inteligente de la familia. Pero quitando a la familia, también hay algunas que se lo creen y se pasan de listas.

ENRIQUE - Qué quiere decir? (*Mirando al público*) Por dios, qué miedo.

EMILIA - De esa criada que se buscó tu abuela. Con fama de buena chica, pero esa no sabía más que mangonear y andar fisgoneando todo porque siempre estaba *chucuchú* con tu abuela y también siempre quería enterarse de lo que no debía y meter las narices donde nadie la había llamado.

ENRIQUE - Entonces... ¿infusioncita?

EMILIA - Qué te crees, ¿que no sé hacer otra cosa más que infusiones? Ella andaba trajinando por la casa, de arriba para abajo y luego otra vez arriba y así se pasaba la mañana, arriba, abajo, arriba, abajo, corriendo para que le diera tiempo a hacer más cosas, la muy tonta. Así que sólo tuve que poner un poquito de aceite en algunos peldaños y ya lo demás lo hizo ella. ¡Que no hubiera corrido tanto, caramba!

ENRIQUE - Ay madre, pero usted, pero qué ha hecho, cómo ha podido? Pero no sé da cuenta que es usted una, una... asesina!!!!

EMILIA - Eso depende de cómo se mire la cosa. Bien visto, sólo encuentro beneficio para todo el mundo. Cada uno está donde quería y con lo que se merecía. Creo que lo hice muy bien. ¿Cuál es el problema, hijo mío?

ENRIQUE - Ay madre, ¡esto no puede quedar así, hay que llamar a la policía, tiene usted que confesarlo todo, no es posible vivir con eso encima! ¿No se da cuenta, no tiene usted remordimientos por todo lo que me acaba de contar?

EMILIA - ¿Remordimientos yo? Si merezco el cielo después de aguantar a tanto inútil. Me casé con tu padre porque era guapito y de buena familia, pero no sabía que eso implicaba llevarme el lote de tontos completo. Anda que si llego yo a saber eso con la de pretendientes que tuve... el caso es que ... bueno, los demás tampoco tenían tantos cuartos.

ENRIQUE - Eso sí lo sabía yo, usted nunca quiso a mi padre. ¡¡¡Ni a nadie!!!

EMILIA - ¡Anda ya! Uno no se casa por ñoñería, sino con el más adecuado.

ENRIQUE - Es usted una psicópata.

EMILIA - ¿Una qué?

ENRIQUE - Madre, ¿ha pensado qué pasará cuando mi padre se entere que fue usted quien acabó con su familia?

EMILIA - Y por qué habría de saber nada de esto, te lo he contado sólo a ti, a ti solito. Tu padre qué se va a enterar, si no puede.

ENRIQUE - ¿Cómo que no puede?

EMILIA - Te digo yo que no.

ENRIQUE - Pues que sepa madre que sí se va a enterar, la prensa lo publicará y después irán a comunicárselo a él y porque vamos a ir a Alemania Carmen y yo para estar a su lado cuando esto suceda, y usted no podrá evitar que sepa lo que pasó.

EMILIA - Tu padre no está en Alemania.

ENRIQUE - ¿Quéeee? ¿Qué, qué quiere decir? ¿Cómo que no está en Alemania? ¿Y, dónde está entonces?

EMILIA - (*Suspiro*) En el trastero.

ENRIQUE - En el, en el...

Enrique se rompe y cae de rodillas al suelo sollozando y tapándose el rostro con las manos.

EMILIA - ¿Comprendes ahora por qué me pertenece ese trastero?

Emilia levanta la barbilla con dignidad y vuelve a apoyar las manos sobre la empuñadura de su bastón. Enrique llora en silencio todavía arrodillado en el suelo. Al poco entra Carmen sonriendo con cara de felicidad y dando palmas con las manos y comienza a dirigirse hacia su marido y su suegra dando saltitos de alegría.

CARMEN - ¡¡Emilia, Emilia!!!! Enhorabuena!!! Es usted ¡la "residente del año"!!

FIN